

ARTISTAS ASTURIANOS
PAULINO VICENTE



No hay en esta ciudad de la morriña y del «orbayu» un lugar más alegre ni más luminoso para el estudio de este popular artista ovetense, Paulino Vicente. Tiene una ventana que se abre a lo maravilloso. Casi a un tranco, donde parece que se puede tocar con el dedo, se alza la majestuosa decoración teatral del monte Aramo, «rebaño de camellos pensativos», que diría Pérez de Ayala.

Del lado de la ventana, mirando hacia la ciudad del asfalto, del automóvil y de esas ciudades enjauladas que templan las energías nativas fuerzas del genio con el rigor de sus costumbres y las leyes escritas, está aquello que fué Bosque de San Francisco, hoy Campo a secas, glorioso recuerdo de una época, simbolizado por muchos robles y cañales llenos de pájaros nerviosos, con muchos surtidores y un estanque romántico, alojamiento de palmípedos que son familia numerosa.

Paulino Vicente teje con el pincel toda una maraña de hilos negro virutas sutiles de alabastro, laboriosa tela de araña que en realidad constituye la barba del mártir asturiano Fray Melchor García Sampedro.

Cerca del maestro, en una tarima, impasible, como en éxtasis, un modelo con barbas auténticas. Sus ojos, con ese brillo de las emociones místicas, sus manos, sosteniendo la espada con que fué decapitado el mártir; su cuello, rodeado de un rosario de cuentas de azabache.

Entre las diversas obras que llenan el estudio, destaca un lienzo preparado en semielipse, de siete metros de largo por tres de alto, aproximadamente, donde están ya terminadas cerca de 35 figuras. Representa el voto asuncionista por el claustro universitario, que será colocado en la capilla de la Universidad de Oviedo.

* * *

El año 1917 llegó a Oviedo el Rey Alfonso XIII. Iba a cazar rebecos al coto de Covadonga; pero de paso inaugura en la Universidad ovetense una exposición de pintura. El Rey se detiene precisamente ante un cuadro titulado «Puerta de los Frailes». Poco después se enteraba de que su autor era un muchacho de diecisiete años y se llamaba Paulino Vicente.

1917. Paulino Vicente envía a una Exposición de pintura de la Universidad de Oviedo un cuadro de pequeñas dimensiones—para todo lo que cobraban sus pingües ahorros de colegial—, que titula «La puerta de los Frailes», conocido por este nombre el porche del Convento de Santo Domingo, cercano a un corrillo de casucas características del viejo Oviedo, donde vivió la sazón el pequeño artista.

Pocos meses después, la desaparecida revista *Asturias*, de La Habana, producía varios retratos de tipos populares y aquella «Puerta de los Frailes».

En 1926 los críticos se habían ocupado con palabras de aliento de nuevas obras. «La Cuatreada» y «De endecha», verdadera interpretación de seres que son genuinamente asturianos, lontananzas de paisaje húmedo, triste y esponjado, que Paulino Vicente había sabido trasladar al lienzo, encarnando en la forma el espíritu de una región inmortalizada ya con letras molde en las páginas de la literatura castellana.

Hasta 1948 Paulino Vicente no se había presentado a Exposiciones Internacionales. En este año obtuvo medalla por su «Fray Juan de la Miseria», homenaje al lego que pintó a Santa Teresa, y que en la actualidad se conserva en el Museo de Arte Moderno.

Conocemos pinturas murales con motivos asturianos: de la mina, de la clásica bolera, del campo.

Paulino Vicente, en la actualidad, está casi por completo dedicado a la figura, al retrato. Notable es una de sus últimas obras, «Josenín», donde sabemos qué elogiar más, porque todo agrada al espíritu y a la vista.

Del relieve de esta figura asturiana se ocupan en la actualidad críticos autorizados y lo confirma la aceptación de sus obras.

MARINO GOMEZ SANTOS